

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CÉNTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.A CORRESPONSALES Y VENDEDORES  
25 Números, 2,50 pesetas.

## IGUALDAD ANTE LA LEY

I

Señor juez, cerca de aquí se ha verificado un duelo entre el marqués del Michuelo y el vizconde del Nebli.

Murió el segundo á los pies de su rival... ¿Qué responde?

—¿Qué?... Que entierren al vizconde y vaya en paz el marqués.

II

—Señor juez, un artesano, frente á frente y con valor, al que le robó el honor dió la muerte por su mano.

Que fué con justo motivo tiene la gente por cierto.

—Pronto, ¡á levantar el muerto y á la cárcel con el vivo!



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

## LA CRISIS

Surgió al fin, por una indecencia de dos votos, obtenidos de más ó menos—para el caso es igual—por el Gobierno en la última sesión del Senado.

El ministerio presidido por el Sr. Sagasta, que no cayó por declarar la guerra ni por concertar la paz, ha presentado la cuestión de confianza ante la corona por la miseria de esos dos votos, por un sí ó un no de cualquier Fabié ó de cualquier vizconde de Campo Grande.

No sabemos en el momento de escribir estas líneas á quién otorgará sus poderes la regente.

Desconfiamos de todas las soluciones que puedan ofrecernos en estas circunstancias.

¿Sagasta? ¿Silvela? ¿Martínez Campos?

Todos son lo mismo; ninguno de ellos representa no ya una solución, sino siquiera una esperanza.

Los instantes son supremos.

¡Dios salve al país!

## EL MAQUINISTA

En pie sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiéndose con mano segura y experta vida y calor y movimiento á aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento á las oscilaciones del manómetro y á las exigencias del regulador; combinándolo todo, midiéndolo todo, previniéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre vestido con una blusa azul, recogida en desiguales pliegues, sobre unos pantalones del mismo color; robusto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los rails; á su voluntad y á su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuido, la más pequeña falta, pueden convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastres y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana, camina el maquinista por la vía adelante, inaccesible al sueño, á la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia, cuando las nubes se desatan en agua; sacudido por el huracán, cuando el trueno ruge en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes á la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el brusco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las

noches oscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es á un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie ó casi nadie repara, y á quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y avaro de recorrer el trayecto, á cuyo término le aguardan una vivienda humilde, un lecho blando y unos brazos de mujer, que se abren cuando él llega á su encuentro, de par en par.

Así va y viene un día y otro por la misma ruta, con la misma máquina, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas: el esfuerzo diario nada representa para él, nada representa tampoco para los otros, él está acostumbrado á realizarlo; los otros á vérselo realizar, y él y su tarea entran en la serie no interrumpida de faenas y de seres extraordinarios, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los rails vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende delante de sus ojos, avanza, si el suceso ocurre de noche, un farol encarnado, á cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra; si el suceso ocurre de día, esa misma masa confusa y negra coronada por una nube de vapor. Es otro tren, otra fuerza igual á la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisto? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de su tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fué un error de salida? ¿Un aviso mal dado? ¿Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido?... El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. El no ve más que el peligro inminente, dos moles de hierro, de madera y cobre que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas á chocar, á destruirse, á producir desesperación y muerte donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo. La catástrofe, con sus terribles consecuencias, aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina; él está acostumbrado á tales saltos y puede librar su vida á cambio de algunas contusiones; pero, ¿y los viajeros? ¿Y el tren confiado á su pericia? ¿Y el deber, que se le presenta en el espacio con gesto de mando y ademán imperioso? No; él no puede huir, no puede abandonar la máquina; debe luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia; y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe; aprieta la manivela con mano firme, hace prorrumpir al pito con gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el tren contrario avanza también, practicando la misma maniobra y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil; las dos locomotoras están á cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... inútil también... Las máquinas chocan con un ruido es-

truendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros, para caer luego de golpe, deshechos, abiertos, á un lado y otro de los carriles; escúchanse por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia...

La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho...

¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre, esclavo de su deber, muerto junto á su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera rota, arrojando torrentes de vapor y montones de brasa, últimos latidos de su sangre que se paraliza y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos también, que muere sin dejar recuerdos en la memoria de nadie, como no sea en la de aquella mujer que le espera en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.

JOAQUÍN DICENTA

## ¡NUNCA!

El fondo del discurso de Silvela no puede ser más negro, ni más antiespañol, ni más odioso para este pobre pueblo que aunque inerte y caído en el abismo de sus profundos duelos, todavía en la mente lleva el rayo de luz que en un momento puede transfigurarle levantándolo y al par ennobleciéndolo.

El fondo del discurso de Silvela no puede ser más negro. Al penetrar en él se indigna el alma, vibra iracundo el trueno de la tormenta que se forja y brilla con rojo culebreo la centella que ¡quién sabe si pronto el nublado siniestro arrojará, quemando las raíces del blando tronco enfermo, del árbol de esta bárbara política que cubrió con sus secos brazos tantas derrotas y vergüenzas, tantos y tantos cuerpos sin vida, y la bandera de la patria, arrojada á los pies del extranjero.

El fondo del discurso de Silvela no puede ser más negro. ¿Qué? ¿Puede la reacción entronizarse bajo el radiante cielo de la viril nación que tantas veces luchó con ardimiento de león, por sus santas libertades y sus augustos fueros? ¿Puede de Polavieja el alma obscura aquí extender su vuelo, sobre nosotros de la eterna infamia las sombras esparciendo?



# DON QUIJOTE



Efectos de un discurso

## DOCUMENTOS HISTÓRICOS



UN REPATRIADO  
(Apunte del natural).



El bañero de la situación.



Para los que iban a izar bandera blanca.



La gran tosiada.

## LOS FRACASADOS



«El Enano»



Salida del Sol... y Ortega.



¡Pasa, Meco!



En el país del águila brillante  
que clava en el excelso  
disco del sol los ojos triunfadores,  
¿puede reinar el cuervo?  
¡Nunca! ¡Jamás! Y si esto sucediera,  
si caso tan horrendo  
se diera en esta patria de leales,  
bravos y caballeros,  
alzarían la frente de las tumbas  
nuestros nobles abuelos,  
y sobre los cabellos erizados  
de sus cobardes nietos,  
alargando los brazos de osamenta  
exclamarian con su voz de espectro:  
—¡Sed malditos por siempre,  
hijos de la abyección y el vilipendio!—

## LOS FILIPINOS

¡Buena lección estamos recibiendo en Filipinas desde que no ondea allí la bandera española!

Los tagalos, ese pueblo que era una manada de monos, según los infalibles descubrimientos de la prensa madrileña que tenía el monopolio del patriotismo vocinglero é infecundo; esa raza semisalvaje, sin tanto gobierno ni tanto generalato como nosotros, y que no cuenta siquiera con una espada napoleónica como la de Polavieja, sabe tener á raya á los yanquis y trata de potencia á potencia con Mac-Kinley, dándole no pocos disgustos.

La idea de patria que aquí se ha perdido, gracias á nuestros gobernantes, late vigorosa entre aquellos indígenas, comunicándoles una entereza sana y vigorosa de la que aquí ¡ay! sólo conservamos un lejano recuerdo.

Esas manadas de hombrecillos de color de aceituna y ojos oblicuos, nos enseñan á los españoles lo que debíamos haber hecho. Aguinaldo, un indio barbilampión con los faldones fuera y una ignorancia graciosísima, demuestra valer más, mucho más que los que rigen nuestros destinos y como pavos reales de soberbio plumaje y escaso seso van por ahí luciendo dorados y bordados en todas las costuras de su casaca.

Aún habremos de darnos por contentos con que los filipinos no tengan marina. Porque con el curso que siguen los sucesos, ellos hacia arriba y nosotros rodando por la pendiente de la degradación, podría darse el caso de que vinieran á descubrirnos y conquistarnos, como Legazpi lo hizo con sus bisabuelos en la feliz época del taparrabos.

## AUÑÓN Y CORREA

¡Pero esos dos ilustres besugos!... ¡Todavía colean! Aquí se da el caso extraño, monstruo, por lo anormal, de dos cadáveres que se mueven y hablan. ¡Pero cómo hablan! Dan ganas de ensordecer al oírlos. Si el señor Sagasta tuviese instinto de conservación, si no fuera un suicida, habría arrojado ya á puntapiés del banco azul, á esos dos antipáticos señores.

¿Cómo es posible hablar aquí de regeneración ni de nada útil ni práctico, mientras sean ministros esas dos molestas nulidades?

Insistimos en nuestro derecho de petición.

—¡Que los entierren juntos!

## GAMAZO EN MUSIC-HALL

Habló Gamazo. ¡Y qué oración la suya! Nunca la palabra humana sirvió para expresar tan ruines ideas.

Ya conocemos el por qué de su disidencia: «graves razones de decoro político».

¡Sí! Estamos en el secreto. La destitución de Ribot, ¿verdad?

La oposición del gobierno á que un representante suyo explotase el «estetismo», cobrase de él, ¿no es eso?

Este es, en realidad, el gran motivo de «decoro político» que ha obligado á Gamazo á desertar de las hueses ministeriales.

Y, francamente, para explicar los motivos de su disidencia, ha debido de escoger el «gran triguero», lugar más á propósito que el Congreso.

Como por ejemplo: el *Music-Hall*, ó el nuevo teatro, aún no inaugurado, de *Varietés*.

## ENSEÑANZAS

Fatigase aquí el conde de las Almenas porque se castigue á los generales que faltaron á sus deberes, ya en nuestras luchas coloniales, ya en la guerra con los Estados Unidos. Obsérvese aquí, no sólo que no se los castiga, sino que también se los premia, ya condecorándolos, ya confiándoles importantes cargos.

Proceden de muy distinto modo nuestros vencido-

res. Acusóse entre los norteamericanos al brigadier Carlos Eagan de haber cometido, ó por lo menos consentido durante la guerra, graves abusos como comisario de subsistencias. Se le dirigió entre otros cargos el de haberse enviado para las tropas de Cuba y Puerto Rico carne vieja químicamente remozada que había producido muchas enfermedades.

Se le ha juzgado por un Consejo de guerra, se le ha declarado culpable y se le ha condenado á la pena de inhabilitación absoluta. A ruego del mismo Consejo le ha indultado después Mac-Kinley; pero sólo conmutando la pena por la de privación de empleo y sueldo durante seis años.

Son notables las palabras del decreto de indulto. Aprueba Mac-Kinley la sentencia del Consejo por haberse encontrado á Eagan culpable de actos que, sobre ser indignos de un oficial que ha recibido una comisión de la República, dañan en grado extremo la disciplina y el buen orden de la milicia. Conducta tal, añade, merece especial condena en un oficial de alta categoría, encargado de cumplir en una de las más graves contingencias de la Nación, difíciles é importantes deberes administrativos; había derecho á esperar de hombre investido de tan importante cargo una represión extraordinaria y una vigilancia constante que por motivo alguno decayera.

Se le conmuta la pena, según dice Mac-Kinley, por su bravura en las batallas, bravura que le ha valido la calurosa felicitación de sus jefes; por el recuerdo de sus honrosos servicios, prestados durante la vida de una generación completa; por las circunstancias atenuantes que resultan del proceso y por la clemencia que piden los mismos que le juzgaron. Si bien se mira, no hay menos severidad en el decreto de indulto que en la sentencia.

Se sigue aquí causas contra varios generales, pero causas de mera fórmula, de las que nadie espera más que una absolución con pronunciamientos favorables á la buena opinión y fama de los procesados. Se volverán aquí los cargos contra el Gobierno, del cual es muy posible que se presente instrucciones, ya telegráficas, ya escritas, que abonen los al parecer más punibles actos.

Contra hombres de la administración militar, ¿se instruye aquí algún proceso? Faltas en la administración las pregonan á voz en grito los repatriados. ¿Qué valen las de Eagan al lado de las cometidas por algunos de nuestros comisarios? Vienen rebotando de oro y haciendo gala de su rápido enriquecimiento. Miles de millones ha invertido la Nación en la guerra de Cuba; millones quedan aún en los bolsillos de ciertos hombres de armas. No los perseguiremos; lo que otras naciones llaman robos, son aquí gajes del oficio.

## CANTARES

Yo creo que nuestros males  
proviene de la política;  
por eso se perdió Cuba,  
Puerto Rico y Filipinas.

Las cruces que hay en mi pecho  
las he ganado en campaña;  
y aunque tengo muchas cruces,  
ninguna está pensionada.

Es Silvela buen católico  
y también lo es Polavieja;  
pero, á pesar de eso, ¡sienten  
ayunar esta Cuaresma!

Se habla mucho en el Senado;  
pero, por lo general,  
el conde de las Almenas  
es el que en el Blanco da.

VICENTE RUBIO

## LANZADAS

El Sr. Montes Sierra, orador de la clase de molestos, se ha creído en el deber de entonar un himno, con música y todo, en honor de nuestro ejército.

Pero lo que le gritaba la mayoría:

—¡Odas, no! ¡Montes, no odas!

Estado del tiempo.

Nublado y con tendencia á lluvia.

El Sr. Salmerón acusa al régimen de los males que afligen á la patria.

El Sr. Silvela amenaza: «El que quiera oír que oiga y el que quiera entender que entienda.»

Sagasta plantea ante la corona la cuestión de confianza.

El Sol (y Ortega) de la verdad, sale por Cataluña.

Y el de la situación por Antequera.

El Sr. Gamazo en el Congreso, en un arranque de inspiración y tal:

—«Que no tengamos que arrepentirnos de no haber operado sobre los miembros calientes.»

Voces en la mayoría:

—¡Que se lo cuente á Ribot!

El «gran triguero» se muestra partidario de la subida de los conservadores al poder.

¡Temblemos por la minuta que D. Germán va á presentar á los Sres. Silvela y Polavieja!

El señor conde de las Almenas se ha burlado muy donosamente de la proposición presentada en el Senado por el general Martínez Campos pidiendo que se abra una información parlamentaria para depurar las responsabilidades en que hayan podido incurrir los generales durante las guerras.

¡Pobre D. Arsenio!

Todo el mundo lo toma en broma.

Parece un personaje de Luis Taboada.

El Sr. Castelar ha asegurado, en uno de sus hermosos artículos, que el Sr. Montero Ríos es mal político y peor diplomático.

Bueno, pero, en cambio, es buen gallego.

Y ya ha sabido lavarse las manos en tiempo oportuno:

—«¡Matémuslo todos!»

En Tuy ha dado á luz una mujer una monstruosa criatura con dos cabezas.

¡Criatura simbólica, representativa de la unión conservadora!

Si de arreglar esta crisis  
fuese *menda* el encargo,  
lo dejaba todo igual...  
que la palma de la mano.

Los cronistas parlamentarios hacen constar que el Congreso se ha visto estos días muy favorecido con la presencia de «bellas y distinguidas damas.»

—Vamos á ver, ¿y por qué esas señoras no se han dignado tomar asiento en el banco azul?

Porque seguramente hubieran demostrado en él más virilidad que la demostrada por los actuales ministros.

A aquel general «No importa»  
le han desbancado estos otros:  
Toral, Blanco, Polavieja,  
Primo, Cervera y Montojo.

El banquero catalán Sr. Girona, dice que no recuerda haber manifestado que Barcelona debía izar bandera blanca, como viniera á bombardearla la escuadra de Watson, y que si hizo tal declaración, fué en broma.

¡Todo sea por Dios!

Pero, así, en broma, ha debido mandar fusilar á ese señor el Gobierno.

Los ingleses en el Sudán están dando unas pruebas de civilizadores y humanitarios que no hay más que pedir.

El general Lord Kitchener entró en un pueblo y mandó á sus soldados que degollasen á los prisioneros, lo mismo á las mujeres que á los hombres y á los niños que á los ancianos.

Siempre han tenido fama los ingleses  
de finos y corteses,

y cultos además y humanitarios  
y nunca fueron ellos sanguinarios,  
como allá en el Sudán lo justifican,  
según los telegramas testifican.  
A nosotros, en cambio, sus papeles  
salvajes nos llamaban y hombres crueles  
y asesinos y bárbaros é incultos  
y otra porción de insultos.  
No hay para humanitarios en la guerra  
como los generales de Inglaterra.

Libros:

*Las desdichas de la patria*, por Vital Fité, obra muy bien escrita y avalorada con muchos é interesantes documentos referentes á los desastres de las últimas guerras.

De venta en todas las librerías al precio de cinco pesetas.

\*\*\*

*Monárquiz*.—Albun-guía de este establecimiento mine-ro medicinal, con noticias muy interesantes de dichas aguas, escritas por los doctores más afamados de España y Portugal, y estudios, impresiones y poesías de nuestros primeros escritores.

Es un libro digno de leerse.

BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE",

## LA GENTE POLÍTICA

POLAVIEJA

Por *Alejandro Lerroux*, ilustraciones de *Rojas*.  
Se pondrá próximamente á la venta.

MADRID 1899. — Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.